

Marcelo, exigieron á Pompeyo, para proveer á la defensa de la República, que se pusiese al frente de las legiones existentes en Italia.—El nuevo dictador, despues de vacilar ó de fingir que vacilaba mucho, ántes de romper definitivamente con César, aceptó el encargo. César, hizo todavía por conducto de Ciceron algunas proposiciones de avenimiento, pero fueron desechadas. Lo que se habia querido á toda costa era la guerra civil; la aristocracia habia conseguido su objeto y la suerte iba á decidir. César pasó el Rubicon, riachuelo que servia de limite á su provincia y que no podia salvar sin violar la ley, el 12 de Enero de 49 a. J. C. (1)

CÉSAR.—*La guerra civil.*—No era como se ha creido una pura jactancia de Pompeyo, la de hacer brotar legiones del suelo italiano con solo un acto de su voluntad, realmente podia disponer de fuerzas numerosas en Italia y de gran popularidad desde el momento que aparecia como el defensor de la República y no como el pretendiente á la monarquía. Su excesiva prudencia, sin embargo, le obligó, apénas conoció las ventajas obtenidas por César en el *Picenum*, á abandonar á Roma, de donde salió con este motivo una verdadera turba de senadores y personajes distinguidos, dispuestos á seguir á Pompeyo. Este en union de Labieno, el mejor de los lugartenientes de César, que habia preferido, en cumplimiento de su deber, abandonar á su general antes que á la República, pensaba reunirse con las le-

(1) Ciertamente no faltan razones para demostrar, al contrario de Mommsen, que entre César y el Senado la legalidad estaba en el bando conservador, pero éste es un punto secundario para el historiador que tiene que considerar de un lado la degeneracion irremediable de la República y del otro á César, único hombre de génio capaz de convertir esta transformacion inevitable en provecho de la civilizacion humana. (V. *Le différend entre César et le Sénat* por P. Guiraud.—Hachette.—1879). F. de Coulanges opina que la cuestion que ha pretendido resolver M. Guiraud, es dudosa y esta es la verdad.

giones acampadas en Luceria y con ellas marchar al Picenum, su patria. Pero la desercion cundia en las filas pompeyanas, y cuando supo que César, engrosando siempre la pequeña division con que habia entrado en campaña, pues el resto de sus tropas estaba aún diseminado en las Galias, se habia apoderado de Corfinium, Pompeyo considerando la Italia perdida se embarcó en Brundisium (Brindis) á pesar de la vigilancia de César que habia ya puesto sitio á la plaza, y llegó con su ejército intacto á las costas de Grecia, sin que su enemigo totalmente falto de naves pudiera perseguirlo.

El empeño que manifestaba César en tener una conferencia con Pompeyo, para terminar la guerra civil, su religioso respeto á las propiedades, su clemencia con los vencidos, hizo caer ante el nuevo dueño de la Italia la resistencia de la gente pacífica, que esperaba una especie de Mario, que seguido de feroces multitudes bárbaras iba á establecer en Roma el reinado del terror demagógico. Más como era natural, su clemencia alentó la hostilidad de los aristócratas y de casi todos los que se ocupaban de política en Roma y por más que César se empeñó en que el Senado absolviera su usurpacion ó sirviese de intermediario entre él y Pompeyo, no lo logró. Haciendo á un lado, entónces, las fórmulas dejó en Roma á uno de sus secuaces, Lépido, se apoderó del tesoro público y salió para la campaña en España. «Voy, decia César, á combatir un ejército sin general; despues volveré á combatir con un general sin ejército.» Efectivamente, en España estaba al mando de Afranio y de Petreyo, el mejor ejército pompeyano, y César no podia marchar á Grecia y Asia en pos de su rival, dejando á sus espaldas las legiones de España; habria perdido la Italia sin remedio.

Dionisio Ahenobarbo, perdonado por César, sublevó contra él á Massalia; se contentó éste con dejar tropas frente á la ciudad y continuó su marcha, reuniéndose á sus legiones de las Galias, en las que abundaban los germanos y los arqueros iberos y ligures, y ocupando ántes que los pompeyanos, los pasos de los Pirineos; Afranio y Petreyo se situaron entónces en Ilerda (Lérida) en una fuerte posicion á orillas del Sicoris (Segre); despues de tres meses de operaciones más ó ménos felices, en que los pompeyanos estuvieron á punto de capturar el ejército de César, éste logró cortarles la retirada hácia el Ebro, envolverlos y hacerlos capitular (Agosto de 49.) A poco el resto del ejército, mandado por el célebre espoliador Varron, capituló también. España era de César.

A su vuelta de la península se presentó frente á los muros de Marsella, que gracias á las operaciones navales de Decimo Bruto, el almirante de César, se veía reducida á la última extremidad.—Una vez tomada, la trató con clemencia y para asegurar la alimentacion de Roma, pensó desde luego en posesionarse de las provincias del trigo, Cerdeña, Sicilia, el Africa. Curion, encargado de esta expedicion ocupó la Sicilia, pero despues de un brillante comienzo en Africa, fué enteramente destruido por el rey de Numidia, Juba, que era en cuerpo y alma de los pompeyanos. La pérdida de un hombre como Curion, debió ser más sensible al *imperator* que la temporal del Africa. César investido ya, gracias á Lépido, con el carácter de dictador, á su paso por Roma tomó algunas medidas equitativas para mejorar la situacion de las víctimas de la usura, pero sin abolir las deudas como muchos lo esperaban, por lo cual gran número de demagogos se pasaron al campo de Pompeyo (v. Sa-

lustio) á donde también habia llegado un nuevo grupo de aristócratas emigrados, que creyeron perdido á César en España; entre ellos se hallaba Ciceron.

Antes de partir para Grecia, César, concedió á sus fieles cisalpinos el derecho de ciudadanía, depuso la dictadura, se hizo nombrar cónsul con Servilius I sauricus y cuando hubo organizado así aquel espectro de gobierno republicano, salió para Brindis. Pompeyo tenia su campamento en las costas del Epeiro, junto á Dyrrachium (Durazzo) y sus escuadras eran dueñas absolutas del Adriático. César con una decision que hace más honor á su arrojo que á su prudencia militar, pasó (49) con quince mil hombres el Adriático, burlando la vigilancia de Bibulus el almirante pompeyano y se apoderó de algunas poblaciones de importancia, de Apolonia entre otras. Marco-Antonio pudo pasar algun tiempo despues con otras legiones y entónces emprendió César, la empresa imposible de circunvalar á Pompeyo, aislándolo de Dyrrachium. Despues de cuatro meses de trabajos inmensos, fracasó, fué batido, perdió sus mejores tropas y tuvo que marchar mas al Este en busca de mejor campo de batalla. Los pompeyanos dieron por ganada la partida y toda aquella multitud de emigrados, lo mismo los que componian en Thesalónica el senado pompeyano que los jóvenes nobles que vivian bajo tiendas suntuosas en el campamento, estaban impacientes de concluir.—Pompeyo, que no habia sabido perseguir á su enemigo movió su ejército abigarrado en donde se hablaban todas las lenguas del Oriente y marchó á Thesalia en busca de César. Este acampaba junto á la ciudad de Farsalia: ahí se dió la batalla. El ejército cesáreo era muy inferior al de Pompeyo; este cifraba toda su esperanza en su

numerosa caballería, que cargó con Labieno; los veteranos de las Galias le opusieron una invencible resistencia hasta rechazarla (con este motivo cuenta Plutarco la falsa anécdota del consejo dado por César á sus soldados de herir á sus enemigos en el rostro: los elegantes romanos no iban en aquella caballería.) Cuando Pompeyo observó la derrota de su caballería, abandonó el campo de batalla, el campamento, se dirigió á la costa y se embarcó. La derrota de una parte del ejército se convirtió en desastre; todos huyeron ó cayeron en poder del vencedor.—(9 de Agosto de 48.)

César, sin pérdida de tiempo, se puso en persecucion de Pompeyo; éste se había dirigido á Mitylene, en donde recogió á su mujer y á su hijo Sexto, y quiso acogerse á los parthos; pero sabiendo que Antioco en Siria se había puesto del lado de César, marchó á Egipto, en donde los hijos de Ptolomeo Auletes se disputaban el trono. En aquellos momentos, el rey menor, Ptolomeos, aconsejado por su tutor Pothinus, después de expulsar á su hermana y esposa Kleopatra, que se hallaba en Siria, había reunido un ejército y cuidaba en Pelusa el camino del Asia. Allí se presentó Pompeyo, que fué vilmente asesinado por orden de los directores del monarca. Cuando César entró en Alejandría le presentaron la cabeza de su rival, y apartó el rostro con profunda emocion.

Como en donde quiera que se hallaba gustaba César de arreglar á su sabor las cosas, se detuvo en Alejandría, hizo venir á Kleopatra, con la que se entregó durante algun tiempo á una vida de placer, (Cesarion fué hijo de César y la reina egipcia) y en medio de las más románticas peripecias, tuvo que sostener un sitio en toda forma en Alejandría, que pudo costarle muy caro y que por

cerca de medio año lo aisló del resto del mundo. Libertado por un ejército venido de Asia, dejó una guarnicion en Egipto, marchó al Asia Menor, venció á Farnakes, el hijo de Mithridates, en Zie-la, premió á los que le habían sido fieles, redujo á la impotencia á sus enemigos, y regresó á Italia (47).

Ya era tiempo. Celius y Milon, el matador de Clodio, intentaban promover una guerra social en Italia; afortunadamente para los propietarios, perecieron oscuramente, pero los peligros de este género no habían pasado, y por la cuestion de la abolicion de deudas, Marco Antonio y Dollabella, el depravado yerno de Ciceron, se batian en las calles de Roma. César restableció la calma, y contra lo que deseaban muchos, no inició una nueva era de proscripciones. Habiéndose sublevado por este tiempo algunas de sus legion es en la Campania, el dictador sofocó la revuelta con una sola palabra: «Os licencio, *quirites*,» es decir, ciudadanos. Aquella fórmula de degradacion para los soldados, en boca de su general, causó en ellos tal impresion, que se prosternaron á sus piés. La historia, dice Mommsen, no registra victoria moral más grande y completa.

En Africa se habían reunido los restos más importantes del partido de Pompeyo, enérgicamente auxiliados por Juba, el vencedor de Curion, Labieno, Afranio, Scipion, Varo, Petreio, Fausto Sylla, el hijo del dictador, los de Pompeyo, Cneo y Sexto, estaban ahí; pero el alma de aquella resistencia era Caton, que salvó á Utica de la codicia feroz del rey numida, y que desde allí organizaba la lucha. Habiendo Ciceron, personaje consular, rehusado el mando del ejército y vuelto á Italia, se encargó de él el inepto Scipion.

César llegó á Africa con una escolta, con su temeridad acostumbrada; ahí esperó á sus legiones que fueron lle-

gando poco á poco, en tanto que Leptis le abría sus puertas y le proporcionaba un buen fondeadero para los convoyes que esperaba de Sicilia y un aventurero romano, Sittius, antiguo soldado de Catilina, que desde aquella época se había convertido en jefe de bandoleros en Africa, sublevaba la Numidia, tomaba la capital y distraía una parte de las fuerzas de Juba. César se adelantó y tuvo su primer encuentro formal con el enemigo en Ruspina, lo venció, y poco después se libró una gran batalla en Thapsus, el 6 de Abril de 46. La victoria de César fué completa, y contra sus órdenes, la matanza fué espantosa. Los oficiales pompeyanos huyeron á España, como Labieno, Varo y Sexto Pompeyo; Scipion se suicidó antes de caer en poder del enemigo; Juba y Petreio se mataron también, y Sittius hizo degollar á Afranio y Fausto Sylla. Caton permanecía en Utica. Comprendiendo que la defensa de la plaza era imposible, se dedicó á proporcionar la fuga á cuantos pudo: luego, después de un sueño tranquilo y de haber leído algunas páginas de Platon, se clavó una espada en las entrañas; la vida no le abandonó, pudo la herida ser vendada, pero el inflexible estoico arrancó los lienzos y espiró con la profunda serenidad del que cree cumplir con un acto supremo de deber. Hizo bien: si nosotros vemos desde aquí á la república, condenada á muerte desde mucho antes de Caton, y la trasformacion monárquica como una necesidad inevitable, si admiramos en César la encarnacion de esa necesidad en un hombre sin rival por el génio y por el corazon en la historia de Roma, el estoico tenia el derecho de preferir la libertad á esa fatalidad histórica, y eso significaba para él la muerte. Es verdad que aquel hombre no comprendió su época y tuvo un absurdo fanatismo por el pasado ¿había otro modo acaso de

librarse de la corrupcion política que todo lo invadía?

Sea lo que fuere, aquel D. Quijote de la aristocracia conservadora, como muchos lo han llamado, se ha impuesto decididamente al respeto de la historia desde lo alto de su muerte. Ella hizo una profunda impresion en ciertas almas; el espectro del suicida empujó el puñal de Bruto, y la catástrofe de los *Idus* de Marzo parecia una venganza de ultratumba.

César sintió no haber tenido la ocasion de perdonarlo pero, luego lo quiso deshonar con un libelo: el *Anti-Caton*. ¿Acaso aquel recuerdo era una furia, como decian los antiguos, adherida al alma del tirano?

El vencedor dejó á Salustio, el historiador, el gobierno de Africa y volvió á Italia, después de haber anexado parte de la Numidia á la provincia africana, y de haber repartido lo que quedaba entre Boseus, rey de Mauritania y su aliado el aventurero Sittius.

*Gobierno de César.*—El Senado entre tanto lo había proclamado semi-dios, y le había conferido con la dictadura el derecho de conservar el *imperium*, es decir el mando absoluto sobre el ejército y sobre las provincias hasta dentro de Roma. Así es que ella y el mundo quedaban con esta fórmula, sacada de una antigua funcion republicana, á los piés de un señor; esa palabra había de ser después de Cesar, la denominacion de la nueva monarquía. Era de sobra, reunir en César otras funciones republicanas que le daban intervencion en el culto, en la policía, en las costumbres y en el poder legislativo y judicial, como lo hizo el Senado; todo aquello no era más que la sancion oficial de un hecho que se imponía á todos. Viendo de cerca la cuestion de forma en el establecimiento de imperio, se nota que así como el con-

sulado y, sobre todo, la dictadura no eran más que la autoridad real restringida en tiempo, la nueva institución no era más que el consulado vuelto poco á poco á su antiguo origen monárquico. El Senado, dócil instrumento de César, se encargó de esta obra.

Como todos los dictadores militares salidos de la anarquía, lo primero que César hizo fué nivelarlo todo. Después de celebrar sus triunfos con un gasto inmenso, triunfos que no eran más que un apoteosis prolongado del *imperator* y de la casa Julia y en que el pueblo inauguró el imperio con una inmensa orgía. César se dedicó á la fusión de los partidos, que no iban ya á tener razón de ser y al remedio de ciertos males de gran tamaño. Corrigió severamente los desórdenes en el ejército, la piedra fundamental de la nueva realeza; redujo á la mitad el número de ciudadanos que vivían en Roma á expensas del erario y á los otros los envió á colonizar las provincias, á pesar de que siempre el mendigo romano prefirió la limosna de la ciudad reina á la propiedad en cualquier otro lugar del mundo; suprimió los *clubs*, focos de descontento, estimuló la formación de la familia concediendo derechos y distinciones á los que cosechaban y tenían hijos, expidió algunas disposiciones suntuarias, etc. Era la paz, el orden, el bienestar que venían y que había sido preciso comprar con la libertad de una ciudad que tiranizaba al mundo; si el imperio oprimió á Roma, tendió á emancipar al mundo: es este su mejor título ante la historia.

La obra de César es múltiple, compleja y gigantesca como lo es siempre la obra del genio. Y no hizo más que bosquejarla, pero por los grandiosos cimientos del edificio se puede conjeturar lo que habría llegado á ser en manos de este artista maravilloso, cuya

materia prima era el mayor grupo social que la antigüedad nos presenta.

El año de 46, antes de emprender una guerra en Oriente sobre los parthos, para obtener definitivamente la monarquía (los libros sibilinos decían que solo *un rey* podía vencer á los parthos) abrió en España una campaña contra los pompeyanos que se habían apoderado de la provincia. Con increíble rapidez llegó á Córdoba pero no pudo obligar á Cneo Pompeyo, á Labieno y á Varo, á aceptar batalla en algunos meses. Por fin en Marzo de 45 se libró esta entre Ronda y Málaga, bajo los muros de Munda. Todo el ejército pompeyano fué destruido, Varo y Labieno, perecieron; Cneo fué asesinado poco después y solo quedó Sexto Pompeyo, que halló un refugio en los Pirineos, de donde volverá á la escena un poco más tarde.

Inmenso entusiasmo estalló en Roma; el vencedor de Munda fué declarado dios, se instituyó un colegio sacerdotal para su culto y se le colmó de honores divinos como á un autócrata oriental. El triunfo de César fué mirado como una especie de segunda fundación de Roma, las fiestas, los juegos, las orgías se sucedían. César, el gran seductor, trataba al pueblo romano como á una querida á quien se desea y se desprecia. Lo poco que faltaba á las fórmulas oficiales de su autoridad omnímoda, dictadura perpetua, prefectura de las costumbres vitalicias, derecho de nombrar á todos los funcionarios es decir, el poder electoral, la inviolabilidad legal del tribunado todo le fué conferido; y el emperador, título declarado hereditario, se sentaba en una curul de oro, con la túnica triunfal y coronado de laurel, teniendo un poco más abajo á los cónsules y á sus pies al senado y al pueblo.

Armado así por la fuerza y también por la gloria y por el genio ¿qué no ha-

bria podido hacer? Hombre de estado en la mas grande acepción de la palabra, gran guerrero, artista, bueno de corazón, escritor inimitable, hecho para concebirlo todo y apto para ejecutarlo todo, probablemente habría precipitado los pasos de la civilización.

Y, sin embargo, el Senado aumentado hasta con extranjeros y convertido en consejo de gobierno monárquico legislaba, aunque César y sus amigos confeccionaban senados--consultos, sin intervención del alto cuerpo; el pueblo legislaba en los comicios pero conforme á la voluntad del soberano; vivían las instituciones republicanas pero en clase desimples instrumentos. ¿Eran otra cosa desde los Gracos? Todas las funciones conferidas á César ¿no son la suma de las que habían tenido ya, Mario, Cinna, Sylla y Pompeyo? La historia de la conquista del mundo, es la premisa de la historia del último siglo en que aristócratas y demócratas á porfía prepararon la constitución monárquica, sin la cual la unificación de la civilización helenolatina habría sido imposible.

Otorgar á todos los provinciales el derecho de ciudadanía, como había hecho ya con los italianos, inclusive los traspadanos, cosmopolitismo que era la ley misma de la evolución de las instituciones imperiales; hacer de Roma, no solo el primer municipio del mundo, sino un portento artístico, llena de obras colosales, anfiteatros, templos, muelles inmensos en Ostia, canales para salubricar las lagunas pontinas; dejar ahí en libertad á todos los hombres, á todos los cultos como había hecho con los judíos, levantar la agricultura en Italia y detener su despoblación, como había empezado á hacerlo; facilitar el contacto de los hombres cruzando el imperio de grandes vías que penetrarían en pos de sus ejércitos en el corazón de la Europa y del Asia; romper el istmo de Corinto,

levantar á esta ciudad, á Cartago y á tantas otras ciudades muertas; respetar las libertades y costumbres locales, pero tender á unificar por medio de la codificación de las leyes en todo el imperio, al mundo conquistado, obra que iban consumando á gran prisa, el latín y el griego; reformar el calendario, lo que llegó a realizarse, igualando con corta diferencia, los años civiles y astronómicos, hé aquí algo de lo que puede inferirse que proyectaba César por lo que principió á ejecutar.

Hacia el año de 44 estaba ya preparada la primera de sus grandes expediciones; numerosos elementos se aglomeraban en todo el Oriente, las legiones se reunían en Apolonia en derredor de Octavio, el hijo adoptivo de César, heredero presunto del imperio, (llegó á reinar con el nombre de Augusto) César iba ya á partir. La resistencia republicana se había abrigado en un grupo de aristócratas, en Cassius, hombre de odio y de codicia, nombrado gobernador de Siria por César, en Décimo Bruto, ambicioso que quizá era el mejor lugarteniente del emperador, en Marco Bruto, sobrino de Catón, cuyo ejemplo le quitaba el sueño, á pesar de que César, que lo colmaba de cariño y de honores (se decía que era su hijo aunque esto era falso) le acababa de dar el gobierno de Macedonia, y en otros ambiciosos, resentidos ó fanáticos por el estilo. Proyectaron matar á César, porque á pesar de que había rechazado la diadema real que Marco-Antonio le ofrecía, no podían equivocarse sobre sus intentos, ni querían dejarlo rodearse en Oriente de sus veteranos.

El Senado estaba convocado para reunirse en los Idus de Marzo, con el objeto de deliberar sobre la respuesta de los libros sibilinos, acerca del rey que había de vencer á los parthos. Este fué el día escogido por los conjurados;